

Un yacimiento mítico, un asesinato desconcertante, una pareja
de investigadores con un pasado secreto



LA HUELLA DEL MAL

MANUEL RÍOS SAN MARTÍN

Manuel Ríos San Martín



La huella del mal

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Manuel Ríos San Martín, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2019

Depósito legal: B. 11.436-2019

ISBN: 978-84-08-20691-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Día 1

Diecisiete abrió los ojos más temprano de lo habitual. Tampoco había podido dormir tranquilo esa noche. Durante unos instantes permaneció inmóvil contemplando los primeros rayos de sol que se filtraban entre las ramas de los abedules bajo los que descansaba la tribu. Escuchó con atención. El bosque permanecía en silencio, pero le había parecido oír sonidos extraños provenientes de las cercanías y tenía que comprobar de qué se trataba. Se incorporó sin hacer ruido, tratando de no despertar al resto del clan, formado por tres hembras adultas, una anciana y más de diez crías de diversas edades. Los otros dos machos, algo mayores que él, habían salido de caza. Diecisiete era alto, de tronco fuerte y erguido, cejas prominentes y muy velludo. Apenas tenía veinte años y era capaz de recorrer kilómetros sin cansarse en busca de comida. El territorio donde se había asentado su tribu varias estaciones atrás era rico en frutos secos, setas, semillas y pequeños mamíferos. Pero llevaban unas jornadas de escaramuzas con otro grupo de homínidos instalado cada vez a menos distancia, y algunos miembros de su clan habían resultado heridos en los enfrentamientos. Las dos tribus se estaban tanteando.

Aquella mañana el sol otoñal empezaba a calentar el ambiente. El ruido de sus pies descalzos quedaba amortiguado por la alfombra de hojas, húmedas por el rocío, que caían de las ramas con un leve zumbido. Miró hacia las copas de los árboles.

No había pájaros. Los macacos, que a esas horas solían estar despiertos, guardaban un silencio que le puso en guardia. Avanzó unos metros y se detuvo cuando creyó percibir ruidos en una zona donde la arboleda se espesaba. Aguzó el oído. Quizá los provocase algún animal o podía tratarse de una trampa. Los miembros de la tribu enemiga tenían la habilidad de imitar el sonido de diferentes animales: el ronquido de los gamos, la risa de las hienas o los bramidos de los hipopótamos.

De repente, de entre los matorrales surgió un numeroso grupo de homínidos, parecidos a él y vestidos con pieles, que se lanzaron a perseguirlo desde todos los puntos cardinales. Lo habían rodeado sin darle tiempo a percatarse de la maniobra. Diecisiete echó a correr y consiguió esquivar a dos guerreros que intentaban detenerlo. Sabía que tenía que alejarlos y a la vez avisar a los suyos del peligro. Empleó toda la fuerza que le permitieron sus cuerdas vocales para lanzar el grito que anunciaba una amenaza al tiempo que otros tres le cortaban el paso. Chocó con el menos fornido y logró derribarlo, pero también él perdió pie y cayó rodando por un terraplén. Para cuando intentó levantarse ya estaba cercado por sus perseguidores.

Iban armados con palos, algunos tallados en forma de lanzas con piedras afiladas atadas en la punta. Diecisiete cogió un canto del suelo y golpeó al oponente que lo retenía. En cuanto este se derrumbó, el resto se le echó encima para atizarle brutalmente con los puños. Se resistió lo mejor que pudo, pero cada vez le llovían más golpes, hasta que lo forzaron a soltar la piedra, ya resbaladiza por la sangre rival. Volvió a caer al suelo tapizado de hojas mientras lo agarraban entre varios. Trató de zafarse lanzando patadas y mordiscos. No tuvo tiempo de ver venir la lanza que impactó contra su cráneo. Sintió un dolor agudo encima del ojo izquierdo y dejó de luchar. Su vista se nubló. El tiempo se detuvo.

Tan solo oía el goteo del agua que resbalaba por el musgo, el viento que recorría el bosque, el vuelo de las rapaces que surcaban las nubes... Su olfato se inundó de olor a sangre y a tierra

mojada; su mente, de imágenes soleadas de su infancia en las llanuras cercanas.

El jefe de la tribu enemiga miró el efecto de su golpe sobre Diecisiete y, tras valorar brevemente la situación, descargó, obedeciendo al instinto primitivo de la muerte, otro golpe idéntico al primero en un punto muy cercano de la cabeza.

Diecisiete falleció en el acto, sin poder proteger a las mujeres y a los niños de su tribu, sin saber que serían asesinados y devorados en las siguientes horas.

—A este joven lo remataron. Se ensañaron con él. Dos impactos, claramente producidos por la misma arma, acabaron con su vida.

Inés Madrigal sostenía en sus manos una réplica de la calavera original encontrada en la Sima de los Huesos, mostrándosela al grupo que seguía su relato conteniendo la respiración. La joven arqueóloga paseaba sus ojos perspicaces por cada uno de los alumnos que habían venido de la capital, cuyos rostros apenas estaban iluminados por una hoguera en el interior de la cabaña en el Centro de Arqueología Experimental, también conocido como CAREX. En el exterior reinaba el silencio profundo de la sierra, pero allí dentro la jefa de aquella tribu narraba la historia al calor del fuego como se hacía milenios atrás.

—Se trata del primer asesinato constatado de la historia de los homínidos —añadió solemne—. Hace más de 400.000 años.

—Ya, ¿y eso cómo lo saben? —preguntó insolente un alumno que había permanecido de pie durante toda la explicación, inquieto y sin parar de mascar chicle.

Por su corpulencia parecía mayor que el resto, pero no debía de tener más de trece años. Inés le dedicó una sonrisa franca antes de responder:

—La historia que os he contado no tuvo por qué ocurrir exactamente así. Pero sí sabemos que el dueño del cráneo 17 fue asesinado por dos golpes contra su hueso frontal con el mis-

mo objeto punzante. Un solo impacto podría ser por un accidente, pero el hecho de que sean dos golpes nos permite deducir que fue intencionado.

Los chicos sopesaron la conclusión sin decidirse a intervenir.

—Seguro que habéis visto *CSI* o *Bones*.

—Sí —respondieron varios a la vez que empezaban a comentar capítulos de esas series.

—Eh, por favor —les llamó la atención Inés tratando de centrarlos en su explicación—. Pues nosotros hemos realizado un estudio similar a los que hacen en *CSI* con los restos que encontramos en la Sima de los Huesos. Incluso hemos hecho una reconstrucción en 3D. Tuvimos que recomponer el cráneo a partir de cincuenta y dos fragmentos.

Un rumor cada vez más alto se extendía por la cabaña. Los visitantes se estaban distraendo. Era difícil tenerlos retenidos en un espacio tanto tiempo. El chico que había hecho la pregunta apenas había escuchado las explicaciones de Inés y miraba sin disimulo junto a otros dos compañeros la pantalla de su móvil, seguramente algún vídeo viral de YouTube. Al poco estallaron en risas sin que nadie se atreviera a llamarles la atención. Cada vez había más chavales así, pensó Inés, y se preguntó si en la prehistoria también tendrían esa actitud. Cuando observaba un comportamiento actual no podía evitar cuestionarse en qué momento habría aparecido en el ser humano. ¿Los aguantaría la tribu dentro de una cueva angosta, sin poder salir durante horas? ¿Guardarían el silencio necesario en caso de tener que esconderse de algún depredador? ¿Supondría alguna ventaja evolutiva? ¿Serían inquietos y aventureros?

—¿Os suenan Caín y Abel? —La voz de Samuel Henares, el director del yacimiento de Atapuerca, retumbó en la cabaña aplacando el murmullo descontrolado de los estudiantes.

Había entrado sin que ninguno percibiera su presencia. Ya había cumplido los sesenta, pero se mantenía ágil y despierto. No tenía el aspecto de un hombre mayor, sino el de una persona curtida al aire libre. Su tez, morena por las campañas trabajan-

do bajo las inclemencias del tiempo, desprendía sabiduría y equilibrio. Una barba con abundantes canas contribuía a darle un aire aún más respetable. Samuel dedujo por el gesto de los chavales que no todos sabían bien quiénes eran Caín y Abel.

—Es el primer asesinato del que se habla en la Biblia. Entre hermanos. Pues bien, este homicidio sería como el relato que les estaba contando la monitora...

—Oiga, ¿cuándo vamos a tirar con arco? —lo interrumpió un alumno.

Inés le hizo una señal al director de la excavación: no debían prolongar más la actividad. Era mejor pasar a la siguiente. Para esta generación del móvil y de la inmediatez, tanta explicación sobraba, querían más acción, pegarse por ser los primeros en disparar una flecha.

—Claro —reaccionó Inés—, vamos a disparar con arco. ¿Quién quiere ser el primero?

—¡¡Yooooo!!

Una veintena de manos se alzaron casi a la vez. La profesora encargada de la excursión trató de poner orden, pero el grupo salió de la cabaña a toda velocidad hacia su siguiente objetivo.

—¿Usted cree que es seguro que disparen? —preguntó la profesora.

Inés sonrió. Estaba acostumbrada, las visitas no eran tan distintas unas de otras, y a ella le divertían a pesar de todo; observaba su comportamiento y le hacían plantearse preguntas como si un niño de doce años fuese comparable a un chimpancé adulto. Le parecía evidente que en muchas cosas sí. Sobre todo, en pandilla.

Antes de que siguiese al grupo a la zona del tiro con arco, Samuel la detuvo.

—En una hora empezarán a llegar los periodistas. Debemos tener todo listo para la rueda de prensa.

—No te preocupes, Samuel, estos en veinte minutos están fuera.

Inés salió de la cabaña y el sol la deslumbró. Mientras guiñaba los ojos para evitar el exceso de luz, observó el conjunto ar-

queológico que tantas veces había explicado a los turistas que visitaban tanto el edificio como las reconstrucciones prehistóricas del exterior, y a los que enseñaba las innovaciones tecnológicas de los primeros homínidos: la talla lítica, el dominio del fuego, las técnicas de caza. Llevaba ya tres años formando parte de la coordinación del yacimiento y aún sentía ese pellizco de emoción por su trabajo. Desde muy joven frecuentó excavaciones arqueológicas en las que estudiantes bastante mayores que ella la adoptaban como protegida y le dejaban visitar lugares cerrados al público ante su insistencia. Ya entonces necesitaba entender el comportamiento del ser humano desde sus primeros pasos por la Tierra, cómo había evolucionado hasta ser la especie dominante.

La zona donde disparaban con los rudimentarios arcos estaba a pocos metros de la cabaña. Había unas dianas sujetas a una pared levantada con fardos de paja dispuesta de forma que se desperdigasen las flechas que no alcanzaran su objetivo. La puntería no solía ser el fuerte de los visitantes. Una habilidad que se había perdido en algún momento de la evolución humana. La cola era bastante caótica, con empujones e insultos. Inés debía de imponerles más que su profesora, porque con su llegada cesaron las peleas. Señaló a una chica entre el follón y le pasó un arco. La elegida se adelantó unos metros y escuchó la explicación técnica, que entendió enseguida. Su disparo alcanzó casi el centro de la diana, ante el asombro de sus compañeros, y ella lo celebró con un grito alegre. El chaval que había importunado a Inés en la cabaña hizo un gesto despectivo al tiempo que se escabullía del grupo, seguido por otros tres.

A unos cincuenta metros de las dianas estaba el área de las réplicas de los enterramientos. Los cuatro escindidos del grupo vagabundeaban por allí entre continuas risas y codazos, compartiendo un cigarro a escondidas. Al acercarse al nicho, algo llamó la atención del mayor. Entre la falsa roca horadada distinguió una mujer tumbada sobre el costado izquierdo rodeada de arena rojiza.

—¡Joder, sí que estaban buenas las prehistóricas esas!

El muñeco colocado en el enterramiento era el de una chica de unos veinte años y parecía tener una piel suave, tersa, y una figura bien moldeada. Al igual que los verdaderos restos de enterramientos hallados en la excavación, el cuerpo se encontraba desnudo, en posición fetal y con una serie de ofrendas a su lado: collares, vasijas y semillas. La imagen era sobrecogedora y había algo sensual en su postura.

—Está hecha de puta madre.

—Ya te digo —contestó uno de sus amigos.

El mayor miró a todas partes. No parecía que nadie se hubiera dado cuenta de su ausencia.

—Coge el móvil y hazme un vídeo como si me la estuviera zumbando.

Su pequeño clan se rio con la ocurrencia.

—¿Te vas a meter dentro? —le preguntó otro de sus colegas.

El mayor asintió y se quitó la camiseta para dar más realismo a su ingeniosa propuesta. Los otros tres prepararon los móviles.

—Deja, yo lo grabo —dijo uno mientras sus dedos volaban por la pantalla de su *smartphone* de última generación.

—Venga, que voy.

El grupo escolar estaba arrojando lanzas mediante propulsores cuando escucharon un grito que provenía de la zona de los enterramientos. Todos miraron, pero Inés reaccionó con rapidez y se encaminó hacia allí seguida a distancia por la profesora, que no tenía ni salud ni piernas para correr.

La monitora se encontró a los chicos aterrorizados. Tanto que les costaba explicarse. Inés se fijó en que el mayor no llevaba la camiseta puesta y estaba lívido.

—¿Qué ha pasado?

Por fin, el que tenía el móvil en la mano habló:

—¿Es... de verdad? —preguntó señalando al muñeco en el suelo.

Inés siguió su mirada hasta el círculo de piedras. Allí dentro no estaba el muñeco habitual, aquella reproducción tan costosa que habían encargado hacía cuatro años, cuando desarrollaron esa parte de la visita. Se acercó, tocó con cuidado el cuerpo depositado en el enterramiento y miró a la profesora, que llegaba jadeando.

—Llévate a los niños.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Llévatelos.

La profesora seguía sin entender y sin obedecerla.

—No es un muñeco, es una chica de verdad. Y está muerta.